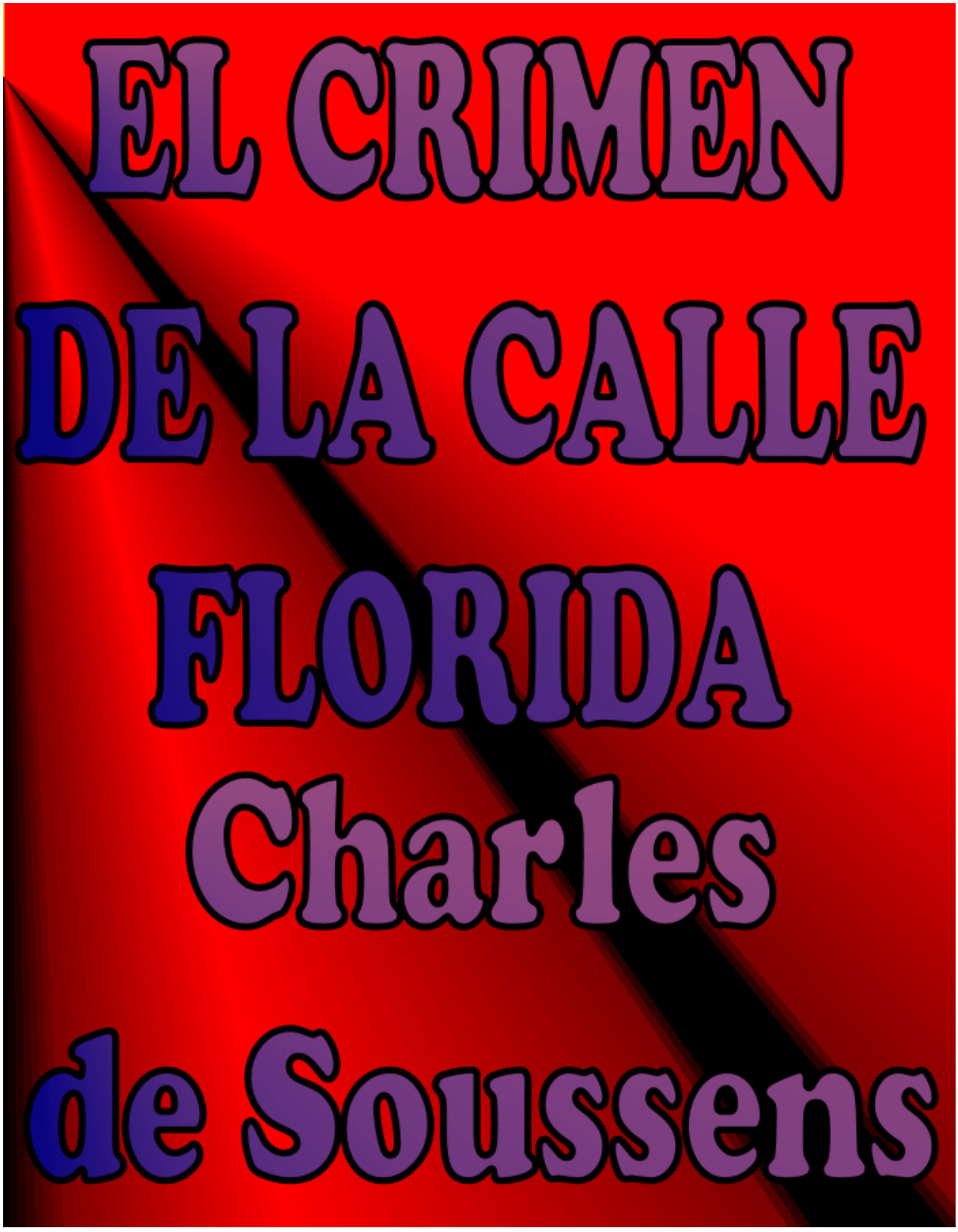
LIBRO dot.com

Charles de Soussens



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

EL CRIMEN DE LA CALLE FLORIDA[1]

Para Eduardo Pinedo

-Entonces, Raúl ¿cómo se produjo la cosa? No hubo, ni violación de doncella, ni rapto a mano armada, ni macanas por el, estilo... ¿Cómo fue, pues, la aventura?

-¡Toda una desventura, hermano! ... Aún suena en mis oídos la voz pintoresca de Julio Piquen citándome con insistentes entonaciones el más eterno de los versos de Lafontaine:

Honteux comme un renard qu' une poule aurait pris! ¡Qué gráfico! Y decir que todo lo que hubo de roto fue un vidrio de cuarenta pesos! ¡Como cristal de Bohemia! ¡si me ha dejado un recuerdo!

"Pues bien, ya que llega la oportunidad de despojar mi testa de la satánica aureola que plugo a la leyenda porteña' tributarme, os confesaré la verdad, nada más que la verdad, la entera verdad"

-Muy bien, Raúl; seremos tus jueces.

-Tan indigno eres, Félix, de tu nombre, en cuestión de inteligencia, que me siento de antemano condenado. ¿Cuántos años he de cumplir en la penitenciaría de la literatura?

-¡No! del Arte, rugió Martín, el pintor. Y Abascal, con acento melifluo: -Continúe, Raúl son unos palurdos-. Dicho, esto sujetó sobre la noble nariz los distinguidos telescopios, para oír mejor y abrir la boca más grande.

A guisa de campanillas vibraron en las tazas de té las cucharitas. Restablecido el silencio:

-Me llamo Raúl y enarbolo, abierto ante sus interrupciones, el paraguas de mi indiferencia! ... Y contaré el cuento de una bruja joven, a la cual seguramente mis antepasados hubieran conferido los honores de la hoguera, para que, en las llamas alegres, mariposeara mejor su hechicera forma.

"Me invade todavía su recuerdo... Había pernoctado yo, en mullida cama, apretado por cariñosos brazos, en una central morada de la calle de los Aztecas. Tengo instintivamente horror a las palizas maritales y, para evitar que el corrector de diario a quien, a la claridad de favorable lamparilla, reemplazaba, me enmendara la plana, me había escapado antes del alba. ¿Qué hacer cuando uno ve azularse poco a poco el cielo, y siente los aromas primaverales de una mañana de octubre confundirse con el perfume deslizado de entre los labios por los besos de la Amada?

"No me quedaban, pues, ganas de calaverear. Absorto en mis poéticos cálculos, resucitaba al calor de mi fastuosa imaginación todas mis rosas deshojadas en el jardín de la Belleza. ¡Cuán joven me sentía yo entonces 'y qué abundantes ramilletes sabía, en pocas horas, formar!

"Quiso la fatalidad que siguiera inconscientemente por la calle Florida. Igual desdicha hizo que tropezara con el histórico Bar de la Corona Imperial, hoy difunto, donde toda nuestra juventud dorada, tantos clavos sin olor ha dejado

[1] "El crimen de la calle Florida", en Ideas, Buenos Aires; n° 1, mayo de 1903.

"Mucho me gusta leer revistas inglesas y con esta razón de la sinrazón, hubo dos whiskies. Canadienses, ¡no! escoceses, al menos que fueran de la verde Erin! Poquita, cosa, pues, para el Raúl de antaño.

"¡Ojalá hubiera estado ebrio! Con un peso de coche no me hacía tan popular, ya que aquí la gente se fija más en el escándalo que en el talento, el saber, los servicios prestados o la generosidad del carácter.

"De modo que, al salir de la Corona Imperial, si murmuraba versos, no eran himnos a Baco, sino santas reminiscencias del Cantar de los Cantares: `Tu boca destila miel, tus senos son como dos cervatillos gemelos' ... ¡Cuestión de Biblia, en fin!

"Cuando de repente surge del umbral de la casa principal una deliciosa visión.

"Imagínense la Soubrette más pícara, vestida con toda paquetería, la sonrisa en la boca y la mejilla en flor.

"Hétela que antes de ponerse a pulir los bronces de la puerta, empieza a brincar y bailar en plena

vereda, sus blancas manos cruzando finos dedos atrás de la nuca de marfil, donde temblequean, los últimos rizos de opulento casco de oro bruñido.

"¿Cómo analizar tan provocativa belleza? Rostro gentil, inmensos ojos de záfir, noble garganta erguida como el escudo de una diosa guerrera, la cintura diminuta y redonda, las caderas en forma de ánfora griega, los muslos altaneros bajo el vestido estrecho y los deslumbrantes piececitos ostentando su orgullosa comba; todo ese maravilloso conjunto,, de cuyos detalles uno solo hubiera bastado para enloquecer a un santo de madera, -todo este poema de carne ideal, lo tenía presente, por no decir palpable, a dos pasos de mi ser vibrante, y me enloquecí..."

Vimos que Raúl se estaba emocionando mucho. Alguien propuso un breve descanso. Aceptado. Se renovó la sabrosa infusión en las porcelanas más o menos japonesas y, una vez apuradas, reasumió la palabra el narrador:

"¡Sí amigos, enloquecí! No sé qué pálpito me dio, sin embargo, que proseguí mi camino, satisfecho con absorber en la vorágine de mis miradas a tan admirable criatura, y sin dirigirle otra nadería que la común y muy vulgar: ¡Arrivederci, buena moza!

"Ya estaba a cinco metros de distancia cuando se le pasa por la imaginación replicarme:

-Adiós, caballero. ¡Que le vaya bien!

-¡Nunca he visto muchacha más linda!

-El señor ha estado de verbena ¿no?

-Cierto y, por desgracia, no contigo.

-¡Ja, ja, ja!

-¿Quieres que te dé un beso o te lo robe?

-¡Cómo no: venga no más!

"No me lo hago repetir. Me adelanto, rápido. Ella, corriendo, se esconde en el zaguán. Sin duda, me atrae allá la maliciosa para defenderse menos. ¡Adelante, Raúl!

"La alcanzo. Se escapa y sube volando la escalera. HaY en el medio una puerta cancel. La franquea, yo también y llegamos juntos al primer piso.

"Entonces ... (¡Dénme un vaso de agua!) Entonces... "

-¿Qué sucede? preguntamos todos a una, suspensos.

"¡Un horror! ¡un desastre! ¡una catástrofe! ¿No se le ocurre a mi novel amiga, a mi dulce amada, a mi tierna conquista fingir un susto? ¡pero qué susto! ... Huye por los patios y las habitaciones gritando, si aullar, gritar se llama:

-¡Auxilio! ... ¡ladrón!... ¡asesino! ... ¡Virgen del Pilar! ... ¡Virgen de Luján! Me matan, me ma-a-a-tan!

"Yo que ni siquiera le había rozado el meñique, de puro inocente.

"Se alborota la casa, como es de suponer. Doy por concluida la broma que algo pesada se vuelve, y toco retirada. No me he alejado de la escalera: en un segundo estaré muy lejos. ¡Qué bien dormiré soñando con la gracia de esta muchacha picarona!

"Pero ¿qué es esto? Automáticamente se ha cerrado la puerta cancel. En vano trato de abrirla: la cerradura es una de secreto. Forcejeo por descubrirlo, doy mil vueltas en todo sentido, empujo el cerrojo por adelante y por atrás... ¡Inútil, inútil, i-nú-til!

"Me llegan voces desesperadas. Es la señora que por el balcón llama a la policía. También veo bajándose de la azotea aproximarse un albañil blandiendo un enorme pico. Me han de confundir seguramente con un criminal. Pierdo la cabeza. Estoy como, ratón en la trampa. No sé lo que hago. Mi único pensamiento es huir, huir a todo trance, por cualquier medio.

"En semejante caso, cualquier estimable miembro de la indiada, ducho en pellejerías, hubiera permanecido muy fresco, aguardando brazos cruzados los acontecimientos, con la tarjeta de un ministro pariente en la mano. Pero, jadeante como jabalí acorralado, enajenado por intenso terror moral, no tengo más nociones de mis actos y cometo la más estupenda barbaridad de mi vida. ¡Qué cosa! ¡Todavía se me erizan los pelos! ¡Figúrense que doy un puñetazo, dos puñetazos, tres puñetazos en el cristal de la puerta! ¿Podré pasar? ¡Todavía no! El cristal es de espesor triple, tengo la mano desgarrada por cinco heridas, la sangre brota a borbotones y, sin embargo, apenas si he abierto un agujero capaz de dejar salida a un gato. Encuentro el modo de incurrir en una estupidez, aún peor que las primeras. Saco mi revólver y, para no lastimarme más, con la culata continúo rompiendo el vidrio. En el mismo instante llegan dos vigilantes.

"Para colmo de infortunio, estos eran vigilantes nuevos, vírgenes, diría yo, si la virginidad no está renegada con la institución policial. Inauguraban su primera parada. Es de comprender fácilmente lo excesivo del celo con que me demostraron su exquisita cortesía.

"¿No me habían tomado infraganti, un arma en la mano? ¡Qué hazaña! A la fija iban a ser ascendidos a cabos por la captura de un bandido por lo menos igual a Tremblier.

"Así es que me ponen las cadenas, me hacen rodar las escaleras y me arrastran, apretando duro, hasta la comisaría, no sin propinarme delicadas caricias. ¡Un fascineroso como yo! Es justo hacer constar que las caricias se las retribuyo generosamente con mis extremidades inferiores, las únicas libres.

"Quién me recibió fue un oficialito compadre. Ciertas razones tenía para conocerme y ninguna en su favor. Por mi parte, había recuperado ya mi sangre fría. Oídos los agentes, me llamó a declarar con tono sarcástico, asaz irritante en aquel momento del baile.

-¿Ud. es D. Raúl?

-Sí, señor.

-¿Reporter?

-No tanto: hombre de letras, sencillamente.

-¿Sabe leer .y escribir?

-No estoy seguro...

-¡Qué dice!

-Que salvo en siete o en ocho idiomas, soy completamente analfabeto.

-¿Cuántos años tiene?

-Los del mundo. Como dice Baudelaire: Tai plus de Souvenirs que si j'avais mil ans.

-No entiendo nada de Milano.

-¡Yo, sí! he visto la catedral...

-¿Cuántos años de residencia en el país?

-Desde el Parque.

-¿Su nacionalidad?

-La humanidad.

-¡Ja, ja, ja, ja! ... Me gusta. Voy a tomar su exposición.

-No se dé tanto trabajo: no es la de París. La redactaré.

-¡Usté! ... ¿Acaso me va enseñar? ...

-Bueno, se la dictaré.

"Salió, como es natural, muy pobre en estilo mi relación de los hechos, ya que la vertía en su idioma particular tan notable plumífero. Leída el acta, la firmé, no sin rectificar ciertos detalles mal. presentados, no por culpa mía.

"Suena el timbre.

-Pase este individuo a la cuadra.

-¡Individuo! ... ¿Qué se ha creído?. . . Pese a quien pese y suceda lo que pueda suceder, siempre seré un caballero. Se empeña en mortificarme, así no más, cuando a cualquier intérlope lo deja pasear a gusto en las oficinas. Es una indignidad y...

-¡Cállese la boca o lo mando al calabozo!

-¡Prefiero eso!

"En el calabozo que cierra con mil disculpas el cabo de guardia, topé con el negro Mandinga. Pocos días antes había participado de un banquete que le improvisara en lo de Luzio, a las 3 de la mañana, Marquito Avellaneda con una docena de locos y diputados. Mandinga vuelve a mostrarme su diploma de Inspector de los atorrantes, adjudicádole por un bromista falsificador. También hay un peón piamon-tés que recién despierta de la borrachera. Para distraer mis ocios o desvanecer mis remordimientos, imagino enseñarle a volar:

-Pónte las manos así y muévelas como palomitas... ¡Muy bien! ya te desprendes del suelo. Tienes que seguir. Un poco de ejercicio y serás águila.

"El hombre me cree. ¿No son las mías lecciones de alto vuelo? Agita brazos y piernas durante media hora y cae por fin dormido, a semejanza de fakir, y esta vez olvida de veras los terrestres barrotes para, navegar en pleno cielo.

"Siempre hay pretexto. Salgo al patio, una, dos, tres veces. Por fin me niego a regresar a la inmunda covacha. Un bochinche infernal. Declaro que antes me haré matar. Los agentes simulan reducirme por la fuerza, pero me percibo que ríen. Acude el oficialito. Lo aturdo con largo discurso, vibrante de indignación. y subrayado por elocuentes gestos:

-Ud. representa el poder brutal y yo el intelectual. Basta que una persona decente caiga por accidente; en sus garras para que Vd. pretenda rebajarla a su categoría. Pero

estoy a cien codos arriba de sus vejámenes. Vd. valiéndose de sus esbirros me desafía. ¡Asesíneme! Mi pensamiento sobrevivirá.

"Prosigo cinco minutos en este tono. Tan cómica resulta la situación que los vigilantes a duras penas reprimen sus carcajadas. Reflexiona el imprudente mandón y opta por retirarse sin protestar, dejándome libre de ir y venir a mis anchas en el jardín.

"Cerca de la una era cuando se me anunció la presencia del comisario. Era este el inolvidable Juárez. todo un hombre de corazón. Amistosas relaciones habíamos cultivado. Juárez estaba afligidísimo:

-¡Pero, D. Raúl, me dijo, qué desgracia!- Había leído mi declaración y se la repetí verbalmente, la voz entrecortada por un hondo sentimiento. Bien veo que ha sido una fatalidad. Empero esta bolada le puede costar caro si la familia X insiste en su queja. Si abro un sumario, tendrá que responder a los siguientes cargos: 1° violación de domicilio; 2° con fractura, 3° con mano armada, 4° resistencia a la autoridad. 'La mar! Son años de cárcel y todo esto por una chanza.

-Une malchance, insinué en francés.

Bueno, Raúl, voy a intervenir personalmente ante los X. . . No desmayaré en mis esfuerzos hasta ponerlo a flote.

"La cosa no fue muy fácil. Los X... me creían realmente un malvado.

También la vecindad de la Corona Imperial los había molestado con frecuencia. Me sospechaban de ser instrumento de un complot fraguado por los dueños del bar. En cuanto a la hermosa sirvienta, según me referían, lloraba, lloraba que era una delicia..

-Consiento en casarme con ella, exclamé, si es indispensable.

-¡No, Raúl, un refinado como Ud. con una mucama no solo ignorante, sino estúpida! Prefiero enviarle a la Penitenciaría.

"¡Pobre Juárez! su influencia no resultaba bastante decisiva. Ciertos miembros de la familia se oponían a toda clemencia enfurecidos, con aparente razón, por el escándalo. Hasta fue necesario recurrir a Bartolito que me profesaba un cariño de padre.

Intervino, también, nada menos que un señor gobernador de la provincia, muy emparentado con los X...

Por fin; a las cinco, radiante, el comisario me anunció que todo estaba arreglado, mediante una sencilla multa de treinta pesos por desorden.

Muy conmovido, recuperé mi libertad.

Honteux comme un renard qu'une poule aurait pris.

La moraleja de esto: nunca acaricien deseos con ínfimas hadas.

"Estuve tres días sin atreverme a salir a la calle. Los más extraños rumores habían circulado por Buenos Aires. Contaban unos, muy interiorizados, que, de veras tenía amores con la fulana, pero que habían oído mis pasos, a altas horas de la noche y me habían tomado por un *scrushante*. Otros afirmaban que, por celos, bahía querido matar a mi Dulcinea. En la Casa Rosada, un señor refería cosas atroces, dignas de un marqués de Sade. Otros... De todas estas historias, más verídicas unas que otras, resultaba yo un hombre temible, casi un Nabucodonosor del crimen.

"No solo tuve que renunciar algún tiempo a mi honroso puesto en el gran diario La Razón, sino que, por poco, me cortan el brazo. Me habían curado mal las heridas y se declaró la linfangitis. Todo esto por una muchacha bonita, bailando al sol primaveral y brincando en la vereda cual ebria bacante en las frondosas sombras de los bosques de Grecia."

Y terminó su relación Raul repitiendo por la milésima vez:

Honteux comme un renard qu`une poule auraít pris.